

*Colección **Zulia ilustrado**
de fotografía y artes visuales*

Callebar



Alejandro Vásquez Escalona



EDITORES

Colección *Zulia ilustrado*
de fotografía y artes visuales

Alejandro Vásquez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798861166621
Depósito Legal: ZU2023000265

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Callebar

Alejandro Vásquez Escalona

Cervezas en viernes

Extrañamente en esta ciudad súper cálida, se vive un día gris. Plano. La humedad cuelga en el ambiente. Emboba el entusiasmo. Cuarteo el deseo de estar alegre.

Camina por la acera como en cámara lenta. La calle está sola. Es una vía poco transitada. Uno que otro vehículo circula sin prisa. Viste una franela negra y pantalones jeans. Se ve un tanto desanimado, posiblemente por el sopor del inicio de la tarde. Se detiene y ve a los edificios del conjunto residencial. Esta frente al Unare uno verde acuoso. Su ojeada escruta los ventanales desde el piso tres al cinco. Lo mueve el anhelo de repetir. Ha leído a Milan Kundera.

Sabe que no es posible. Con todo, desea poder ver la vida dentro de esos apartamentos desde la calle. Insoportable levedad. Continúa su andar. Aligera su paso. Voltea su rostro una, dos veces para mirar nuevamente. Y nada.

El autobús anaranjado, rayas negras horizontales y el rótulo de La Universidad del Zulia, se detiene en la parada. Uno de los tres estudiantes que bajan del transporte, se encamina por la calle a la derecha. Lleva un morral pequeño en su espalda, una camisa a cuadros, un pantalón verde militar. Su cabello es largo, descuidado. Se aprecia su ánimo entusiasta, con manchitas tenues de desencanto. Camina y se detiene al oír algún vehículo para hacerle la señal de solicitud

de un aventón hasta los edificios hacia donde se dirige, a unos tres kilómetros de distancia. Sabe que existen pocas posibilidades de un aventón. Es de noche y su desaliño no es un encanto, precisamente. Y sigue caminando. Puede que pase un auto verde pequeño, otro azul mediano, una camioneta marrón, seis pares de faros similares, tres volteadas, tres señales de solicitud de cola. Nada... Otros dos rayos de luz de la tarde se plasman sobre el pavimento. Un coche blanco, Chevrolet Malibú o Nova. La señal de costumbre. Las luces se detienen. Dentro del vehículo blanco, su conductor estira el cuerpo hasta la puerta del acompañante, baja el vidrio, asoma la cabeza y exclama.

¿A dónde va poeta, suba que lo llevo?

En el interior del auto Malibú o Nova se disfruta hospitalidad, es un modelo del año. Desde el reproductor, suena una salsa de Las Estrellas de Fania. El conductor arriesgado, trajeado de oficina, dice su nombre y extiende una tarjeta de presentación. Es gerente de crédito de un banco importante de la ciudad. Mirada apacible, tras unos lentes de montura negra. Se inicia la conversación. Huele a solidaridad, aunque poco común, extraña en una ciudad violenta, habitada por gente temerosa. Herida de miedo delincuencia. Con todo, la suspicacia acecha. Afuera, terrenos vacíos a ambos lados de la calle. Silencio oscuro. Un árbol seco caído a la orilla de la

vía. Una casa solitaria. Una curva en el camino. De frente, las luces de los apartamentos que se agrandan. Casi llegamos.

Poeta que le parece si nos tomamos una cerveza en la licorería que está en el barrio al fondo de los edificios. Después lo llevo hasta su hogar. Yo también vivo en este urbanismo con mi esposa que es hermosa y se mantiene siempre sola y aburrida en nuestro apartamento.

El empleado bancario describe a su mujer. Destaca su sensualidad. El recelo vuelve a reverberar. Llegamos a la licorería. Nos sirve dos cervezas de lata por entre las rejas de protección del establecimiento. Acompañamos a varios bebedores. Cuatro autos estacionados. Uno tiene el maletero abierto, en su in-

terior un equipo de sonido vocifera un reggaetón emparejado con algún vallenato o cumbia que suena desde el barrio. Consumen la bebida en tres tragos. Intento de solicitar dos cervezas. Se repiensa. Surge otra propuesta del jefe de créditos bancarios

Hagamos algo mejor, compremos una docena de birras y nos vamos a casa, así conoces a mi mujer. Ella no toma, practica yoga. No tenemos niños.

Es viernes, al estudiante del morral, no le desagrada la invitación. No sucede con frecuencia, sus ingresos se reducen a una modesta beca estudiantil. Acepta con agrado simulado. Dentro de auto, el temor acelera las pulsaciones. La sospecha ojea nuevamente, pero la condiciona en su pensamiento

to *Lo acompañaré, pero si su mujer no abre la puerta del apartamento cuando lleguemos, no entro, salgo corriendo. Me marcho.*

Enfilan hacia la vivienda del jefe de préstamos bancarios. Ya no suena la música en el reproductor. Miradas de reojo. Quizás mutua observancia. Tensión ambigua, puede que arbitraria, porque hasta ahora todo ha fluido amistosamente. Aparentemente, nada desencaja entre dos hombres que comparten tragos un viernes. Pero, la amenaza imprecisable es un como un polvillo casi etéreo. Acecha

Ya voy, responde alguien desde el interior de la vivienda ante el sonido del timbre.

El muchacho de cabello descuidado colocado detrás de su acompañante frente a la puerta del apar-

tamento, experimenta un desestiro. Un ablandamiento de tensión. Casi desiste de su imaginaria fuga escaleras abajo, sin más, aunque no la desecha del todo. Ahora espera. Se abre la puerta, se asoma una mujer de piel limpia, rosada con lunares expresivos de la estética del goce, casi pelirroja, cabello ensortijado, como la describiría el gerente de créditos. Saluda imperturbable, besa a su esposo

Es estudiante universitario, acabo de conocerlo, lo encontré en la calle de la entrada a la urbanización. Estábamos en la licorería compartiendo unas cervezas. Parece rockero sesentoso, ¿cierto?.. Te lo presento.

Entramos al apartamento, queda inmovilizado en la puerta, un hola solitario, sin mano extendida. Sin beso en la mejilla, pero sin

desaire, ni sorpresa. Simplemente un hola transparentemente. Desenfadado. Queda un pasillo lustroso, amarillento por las lámparas de tungsteno, una escalera desvestida de salvación.

Tres paredes blancas y una ocre arcilla, demarcan el espacio de unos cuarenta metros cuadrados donde se están ahora. Muebles y decorados minimalista. Un mesón negro de una especie de mármol negro sirve de límite entre la sala y cocina Allí se sientan los tres. El ambiente se asoma a un ventanal hacia la fachada del edificio. Puede verse las copas de los árboles y la grama del jardín. El hombre del banco crediticio destapa dos cervezas y las sirve en vasos. Brinda por el encuentro como si fuera habitual. Ella participa abstraídamente, sin

perturbaciones evidentes, sin entusiasmos impunes ni contrariedades imperitinentes. Intrincada atmósfera, indecodificable sensación, posiblemente cercana a la escena de un film de Quentin Tarantino. Trago largos. Descanso de las latas de las bebidas sobre la mesa. Mirada amorosa, manos que se estiran sobre el mesón para cubrir cálidamente las manos de su esposa. Cruce de miradas de esposos que se aman.

Amor podrías preparar algo para cenar. Hay hambre, ¿cierto amigo? No respuesta. Sensación quebradiza. Latencia de un no me jodas loco de mierda. No sucede. Lluvia de acertijos, de suposiciones para el visitante.

La mujer se levanta se dirige a la nevera por los com-

ponentes de la comida. Anda como en el grado cero de los sentimientos, casi levita en traslúcido. No sombras de servilismo. La amabilidad un poco subrepticia. Pero se siente la tibieza de su presencia. Prepara chuleta de ternera con arroz y ensalada. Sirve la comida junto a dos cervezas. En adelante, tragos, conversa entusiasta, que si arriesgue mi libertad tal día al hacer un préstamo por un dineral a un amigo sin mayores soporte de respaldo. O no, estudio de noche porque me parece más interesante. Varias rondas más de cervezas. Deambular de la mujer entre la cocina, la sala y el baño. A veces suena un jazz, otras se oye un rock o un bolero latinoamericano. No hay gatos, ni perros que merodeen debajo de la mesa en busca

de afecto, solamente dos posibles actores y una espectadora despliegan una dinámica a veces, solapadamente puntillosa. A veces absurda, pero con velo de hedonismo desganado. Extraño.

Se acaba la cerveza. Es temprano. Todo en calma. El conductor del carro blanco, estruja una lata de bebida. La lanza a un cesto cercano. Sin violencia. Encesta

Muchacho, resolvamos esto. Saldré a buscar más bebida, así aprovechas para conversar con mi mujer, para que se conozcan mejor. Ya regreso. Toma las llaves del auto y sale a la calle.

La pelirroja queda sentada del otro lado de la mesa. Se levanta y entra a una de las habitaciones. Regresa y

comienza a lavar los trastes de la cena en el fregadero. Lleva un vestido de seda floreado que cubre su cuerpo casi al ras de la piel. Está de espaldas. El espacio se llena de incertidumbre y deseo. Sin embargo, ahora que está solo con ella no existen posibles palabras de encanto para seducirla. Los pensamientos de la mujer son imprecisables. Se pierden en su mutismo y el ruido de los platos al lavarlos

El estudiante de periodismo, se debate entre el re-verberar de sus hormonas masculinas de posadolescente y el temor al regreso de un voyerista, un celopata empistolado. El sonido de disparo imaginario. De unos manchones de sangre. Un muñequito de tiza en el piso. Todo es posible. Todo es posible

Me marchó, señora. Ya es tarde. Ella voltea su rostro, lo mira como si le estuviera diciendo es noche de viernes.



00. La princesa de Sinamaica



0. Autorretrato en Stalingrado



01. El fantasma



02. Tais maluco



03. Tais triste



04. Ella no sabe de Mondrián



05. ¡Que no chico!



06. Gorda contenta



07. No se aceptan pecadores



08. Sin título



09. Espectro



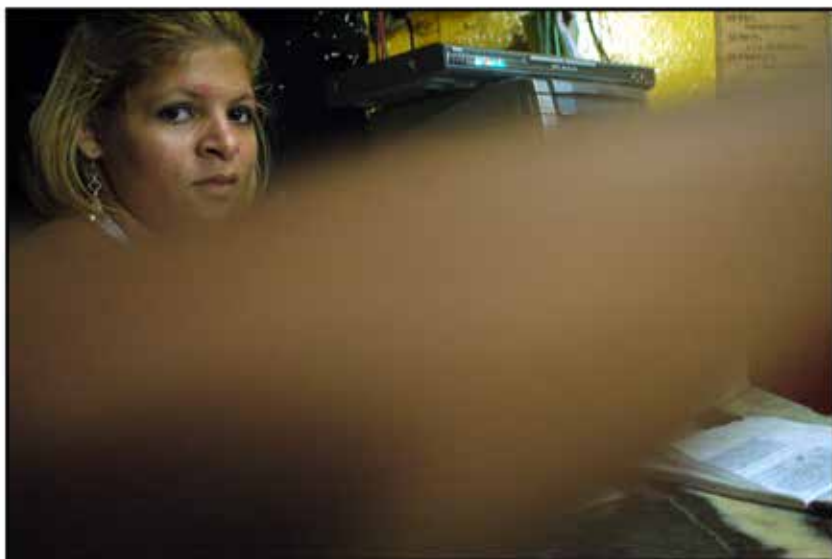
10. Ambar



11. Cigarrillo en solitario



12. Bolero



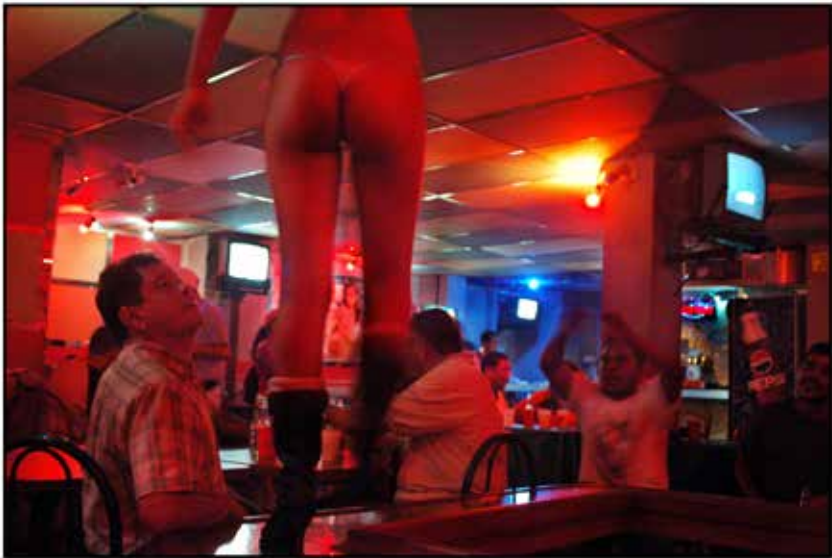
13. Elena



14.Bia



15. Cómo te haz dejado llevar a un callejón sin salida



16. Sin título

Transacción de medianoche

Sube unas escaleras rojas de cemento empinadas, con pasamanos de metal negro corroído a ambos lados. El amarillo y azul celeste de las paredes se ven macilentos por la opacidad de la bombilla. Se cruza con una mujer que baja. No ve su rostro, lo oculta la cabellera que cae sobre su cabeza inclinada. Huele a romero. A hierba de jardín realengo. Pareciera que flota. Que no hubiese salido del bar Violeta en el centro de Maracaibo. Su ascenso finaliza en la puerta batiente de la entrada cubierta con un poster de una chica en traje de baño blanco, insinuante que muestra una cerveza Polar ice.

Entra al bar. Es la tercera ocasión que lo frecuenta. Se acerca a la barra. Con-

sume dos cervezas servidas en breves pausas por un hombre de color como lo denominarían decentemente un norteamericano. El mesero está atento a la voz de un narrador de carreras de caballos. El visitante se sienta solo en una mesa de frente a la puerta de salida del establecimiento. Lleva un maletín negro de cámara fotográfica colgado al hombro. Siente que esta noche tampoco debe fotografiar. Sabe que es mejor esperar. Amansar el ambiente. Adentrarse más con su presencia, por aquello de la Observación Participante. O por preservarse de un botellazo colérico al violentar espacios ajenos. Esta vez, una camarera le sirve otra cerveza. Suena una música de reggaetón metálico, por su estridencia. La luz es tenue, rosada violácea. Una

mujer gruesa de espalda, con una cola de cabellos negros y largotes, baila con su pareja, un joven de aspecto indígena. Desconocen el sonido acelerado, se mueven como si fuese un bolero. Es evidencia de encabronamiento. Enamoramiento para decirlo de manera descontextualizada.

La primera vez que visitó el bar Violeta, era viernes. Había un ambiente pichacoso: Estaba atestado de gente empapada de sudor, más que bailar, brincaban. Mesas repletas de botellas, de bebedores que gritaban y palmeaban. Una mujer desdentada de unos sesenta años, hiphopeaba con un adolescente. Un tufo ácido callejero como vapor húmedo embuchaba el local. Se percibía como eructo de mezclas etílicas en estomago amanecido.

Desde la mesa que ocupa ahora, saca su cámara y casi oculta, hace un encuadre que Incluye la puerta batiente de la salida y los flashazos de luz que entran al abrir y cerrarse. Un poster, arriba y a la izquierda muestra a la Britney Spears acostada lateralmente sobre un sofá negro. Blusa blanca de algodón solamente, piernas con botas rojas, recogidas hacia su pecho, el rostro apoyado sobre sus manos, mira la caja de encantamientos casi con ternura de representación. Entran y salen personas. Ocurren cosas. Obtura su máquina una que otra vez. No hay encanto aún. Espera que suceda algo que le agrade. Ocurre lo esperado, Un hombre en camiseta blanca sale del bar Violeta. Lo sigue una joven, morena, abruptamente hermo-

sa. La mujer se detiene en el quicio de la puerta, la sostiene con su mano. Mantiene una punta de su zapato de tacón alto levantada. Conversa con el varón que está afuera de perfil, un lenguazo de luz, hace seductor el posible proceso de transacción erótica que sucede. El hombre de la cámara, Fotografía. Pixelado en la tarjeta de memoria, queda el retrato de dos personas que quizás intentan llegar a acuerdos de aposento. De sábanas y gemidos gozosos. Vitales. El fotógrafo sabe que su visión no es tan heroica como para vivir atrapando Instantes Decisivos. Elige locación. Encuadra y espera. Espera como meditador Zen que transcurra la vida.

No se oye al narrador de las competencias de caba-

llos. Cualquiera pudo haber ganado. Alguien debió perder en las apuestas.

Después de tres cervezas consumidas sin prisa, otro estruendo reggaetonero comienza a cuartear los oídos. Suena por encima de los otros ruidos. Dos hombres se levantan de su mesa. Salen a bailar. Se les ven entusiasmados. Suenan gritos de aprobación y abucheo de quienes permanecen sentados. Mueven sus brazos como par de espadas de samuráis en pleno duelo. Sus cuerpos entrecruzan el vacío al moverse. El fotógrafo se levanta y camina cerca de los bailarines. Hace dos o tres fotografías con baja velocidad de obturación. Uno de los danzantes se ve con los brazos en alto, mirando hacia atrás, como que retrocediera en busca del otro cuerpo. El

otro lo espera con sus manos elevadas también. El movimiento sugerido de los brazos, los hace simular alas de mariposa. Baja la cámara y suspira como en trance. Intuye que tiene una buena imagen en el vientre de su caja negra. Retrocede. Escucha a alguien detrás que lo increpa autoritario. Violento.

Aquí no se puede hacer fotografías.

Es el negro como lo llamaría un racista del sur estadounidense, ese que sirvió la primera cerveza desde detrás de la barra. Está encargado del bar. Es alto, con manazas como porras de metal. Se ve en sus ojos la intención de golpear al fotógrafo imprudente. De Vomitar el descontento. La arrechera.

Disculpe, no lo sabía. Disculpe. Guarda su cámara.

No que disculpe, pendejo.

El fotógrafo le expresa disculpas por tercera vez.

Disculpa un coño. Crees que esta verga es tu casa.

Al hombre de la cámara, le atemoriza la posibilidad de un mazazo en su rostro o una patada, en los testículos, pero ha consumido varias cervezas que envilecen la diplomacia. Que perturban los consensos. Arrugan la armonía. Se acuerda del contador de Al capone. Del cochecito en las escaleras. Del homenaje a Eisenstein en el film Los Intocables. Más por instinto de supervivencia que por convencimiento, se envalentona artificialmente, levanta la voz. Y encara al mesero.

Bien, te he pedido disculpas tres veces, qué más quieres Cómo qué no en-

tiendes. A propósito, cómo están tus libros contables.

Aunque más atento de evadir una posible agresión, supone que hay silencio en el ambiente, por temor y respeto a la furia del regente del bar. Que la música y el gorgoreo de las conversaciones bajan de volumen. Observa que el posible agresor, dispuesto a zarandearle, suaviza su actitud. Pareciera haber bebido un sorbito de calma con un toque de temor. Y con ignorancia malamente fingida.

Qué es eso de libros contables. El SENIAT, chico, tus libros de impuestos.

Silencio. No amilanaamiento. Prudencia. Posiblemente, el afro descendiente como lo mentaría decentemente, alguien piensa en facturas en pa-

pel arrugadas, cuadernos sucios, corroídos donde asienta cifras de compra y ventas. En las cervezas brindadas a policías y funcionarios marginales. Mira de manera vacía al hombre que fotografíaba. Se marcha, a su barra. Puede que consuma una cerveza de dos tragos. Puede que apueste otra carrera de parlay en los caballos. Y espere al que pasará. El fotógrafo cancela las cervezas consumidas. Camina hacia la puerta del tajo de luz. Baja las escaleras rojas de cemento. No queda olor a romero, ni a jardín realengo. Sale a la calle. Es medianoche. Casi silba una canción. Casi silba.

Días después vuelve al bar Violeta. Una muchacha se mueve en un escenario rectangular de fórmica oscura

sobre el piso. Se desdobra en seducción nocturna. Se contornea en la barra niquelada. Baja, baila. Se acerca al borde del estrado. Desde su cintura, con movimiento ascendente mueve las manos sobre sus senos. Solamente viste unos mini bikinis, botas de cuero casi hasta las rodillas, lentes solares con montura de carey negro. No se sabe si disfruta, le atemoriza o le asquea su labor de bailarina. Lanza besos a los bebedores de cerveza. Estos aplauden. Lascivia en sus miradas, lascivia. El visitante mira por el visor de la cámara. Respira suave. Hace el retrato de la muchacha en plano de cuerpo entero. La convierte en representación o en hiperealidad. Son las doce de la noche. La neblina del humo es densa.

Cuando llegó el fotógrafo al bar Violeta, recién iniciada la noche, el encargado del bar que casi le estruja el cuerpo golpes el mes pasado, hace de anfitrión. Le ve llegar, se acerca cordialmente. Le indica las primeras sillas de la tarima donde ocurrirá el stripper. Han pasado cuatro fines de semana desde el altercado, las bofetadas no ejecutadas, La amenaza de revisión de los libros contables. Varias visitas más por el bar. Varias conversas.

Patroncito, siéntese acá adelante para que pueda fotografiar mejor, le invita el mesero.

La pequeña plataforma para el espectáculo está a oscuras, aún vacía. Hace quince días, el fotógrafo regresó al Violeta. Fue directo a la barra, donde se sentaba el hombre con piel oscura que apuesta

parlay a los caballos. Lo saludó. Este le miro casi sin asombro. Otra vez con mirada como vacía. Le recibió un sobre blanco, lo abrió. Miró su retrato. No se alegró. No se molestó. No agradeció.

El otro día cunado discutimos, pensaste en verdad que vendría a multarte por la evasión de impuestos. Tengo aspecto de mala gente. Silencio.

Le explica que realiza un trabajo fotográfico de los bares del centro de la ciudad. Que seguramente expondrá las imágenes en el Centro de Arte que está cerca. En el bar hay poca gente. Están los bailarines de reggaetón. Camina hacia ellos, le regala la fotografía que les hizo cuando bailaban reggaetón. Estos la miran con gesto de satisfacción.

Hey, ve que nosotros no somos maricas. Y ríen a carcajadas.

Termina la música que sirve para que la muchacha del bikini miniatura muestre su cuerpo casi desnudo. Ella sale del escenario. Corre. Desaparece en el fondo del bar. Aplausos. Silbidos agudos de aprobación. Gritos de satisfacción. El fotógrafo se despide de Abraham el encargado del Violeta. Ya no amenaza. Sigue detrás de la barra. Esta vez casi sonríe.

Disculpe patrón, pudo haber sido mejor. Esa muchacha es estudiante universitaria, no es muy buena, ni las pantaleticas (braguicas) se las quitó.

El hombre de la caja de encantamientos, sale a la calle alegre de haber fo-

tografiado una stripper hermosa. Entra a la Plaza Baralt. No se cruza con ningún perro negro y solitario. Son las dos de la mañana. No piensa en los colmillos delincuenciales. Tararea una canción. No sabe silbar. No sabe silbar.





17. Uhu



18. Sin título



19. Encabronados





20. Sin título



21. Territorio de cine



22. Después de todo Marx



23. Reguetoneros



25. Ja, ja, ja.



26. Mirando





28. Escaleras al cielo



29. El Guille



30. Entre pecho y espalda



31. Amor y piojos



32. Patria o muerte, beberemos

Me llaman la Iguana

Aún sentado se podía apreciar que tenía una estatura cercana a los dos metros, unos treinta y largos años, aspecto rudo, pero de hablar casi cándido, hospitalario. Es mecánico diésel. Trabaja para una empresa trasnacional. Lo acompañaba una mujer sencilla de cabello claro ensortijado. Después supimos que era maestra de escuela primaria. Que llegó sola. Que estaba en ese espacio buscando conectarse como diría Chuck Palahniuk. Pudiera apostarse que a casi todos nos mueve una motivación similar: Conectar con el otro. Tejer deltas de palabras con los demás para auto alabarnos. O lamentarnos. Compartir unos tragos.

Cuando entramos al bar Stalingrado, buscamos con la mirada, dónde sentarnos. Es sábado. El lugar está lleno de gente envuelta en una especie de neblina del humo de los cigarrillos. Siete de las ocho mesas de cuatro sillas ubicadas en una salita ya no tienen alojamiento. En una pared lateral, se ve un afiche desgastado de Salvador Allende, el chileno, lo acompaña un poema inconcluso de Pablo Neruda, al poster le falta un pedazo. A la izquierda una barra larga con sillas redondas giratorias, adherida al piso por soportes de metal cromado, las ocupan unos doce parroquianos, algunos empuñan su jarra de cervezas. Otros, escupen parte de lo neblinoso del ambiente. La música al mezclarse con las conversaciones de la gente, parece un gorgoreo matinal de enjuague bucal.

El mecánico nos hace una señal con su mano para que nos sentemos en la mesa que comparte con la maestra. Llevo una cámara fotográfica en un maletín. Trabajo de Profesor en la Escuela de Comunicación Social de La Universidad del Zulia. Hago fotografías nocturnas. Me creo fotógrafo. Me caliento las neuronas con aquello de la estética y la trascendencia. Lo legendario surfea en mi cabeza como puerto posible. Son los años ochenta. Me acompaña Maruja Dagnino, periodista de labios delgados, pocas veces rojos, casi no se maquilla y ojos mediorientizados, posiblemente a fuerza de hacerlos más pequeños para clarear lo mirado. Ella atiza mi ego para hacer un trabajo fotográfico sobre los bares de Maracaibo. Posiblemente siente

que tengo aliento de Charles Bukowski, aunque no escribo una cuartilla, pero bebo cervezas cuando se puede.

Nos abrimos paso hasta la mesa ocupada por la maestra y el hombre de la candidez en su semblanza. Presentaciones y saludos correspondientes. Apretón de manos. Sonrisas de llegada y bienvenida. Amabilidad nocturna. Armonía etílica, seguramente:

Alejandro Vásquez, Maruja Dagnino, somos estudiantes de periodismo

Mentimos por aquello de no alejar a la gente sencilla. Todavía sonaba encumbrado anunciares como docente universitario. Aleluya. El mecánico solicita al mesero la primera ronda de cervezas. Después vendría otra. Y otra. Ventaja de haber ocultado nuestro

verdadero quehacer, aunque no hubiese sido alevosamente. Hurra. Se inicia la conversa. Oímos. Oímos. Nos creamos antropólogos visuales urbanos.

El mecánico de motores diésel nos cuenta que vive con su madre quien lo atiende, le hace la comida. Duermen en la misma cama. Siempre ha sido de esta manera, sostiene con un cierto gozo. Su mano se levanta. Más jarras de cervezas llegan a la mesa. Más ánimo se siente en el relato:

Me casé hace dos años. Mi esposa se vino a vivir a casa de mi madre también.

Compré una cama King side, grandota, pues. Allí dormíamos los tres. Mamá seguía haciendo la comida, lavando y planchando mi ropa, llevaba la casa. A los seis meses, mi mujer me abandonó. Estuve muy

triste. No entendía porque se marchó. Yo le daba de todo. Y la amaba.

Cercano a la medianoche el bar Stalingrado no sabe de ventisca de nieve, ni de vodka o cosacos. Está atosigado de gente de ojos espejados por el alcohol, de vestimentas hediondas a nicotina. En la cámara Minolta XG1 que llevo en mi diestra se empozan unas veinte fotografías en película blanco y negro de la gente del establecimiento. Y muchos deseos de tejer fotográficamente la ciudad nocturna desde sus bares.

La vida sigue. Se deshoja como montada en esos calendarios que alguna vez colgaron de la pared. Y persiste el agua bajo los puentes. La lluvia, no siempre la lluvia en una ciudad calenturosa, los

suicidas anónimos. Una primavera y un otoño solamente en la imaginación. O en el recuerdo de alguna novela o cuento leído. El smog de los autobuses como paisaje urbano conviviendo con rebaños de chivos en algún terreno deshabitado. Unas clases arbitrariamente hedonistas compartidas con estudiantes de periodismo que en su mayoría me miran como extraterrestre, pero que parece agradecerles. Parece. Acuerdo habitar en familia: Una casa en una Isla urbana espejeada por las aguas del lago Coquivacoa. Una mujer, un amor largo, extraño. A veces delgadito. Una hija de ojos inmensos de luna equinoccial. Un hijo Zen Avesta, sin haber leído ni Lo que el Buda Escribió, menos otros budismos. Años. Dudas. Certezas.

Ahora estamos en la década del 2000. Dónde andará ahora Maruja. ¿En cuál lugar asustará el desencanto, soplará brasas a nuevos sueños?

Llego al bar Colonial del centro de Maracaibo. Puede que sea jueves del año 2001. Es la tercera visita. Llevo mi cámara por primera vez. Ando con Eugenio Rivas. Su cabello es largo en trenzas rastafari. Es como mi sombra que se mueve a su voluntad. No siento su presencia. Me detengo en la entrada. Fotografío hacia afuera, un pasillo largo donde descansa una motocicleta Harley Davison cerca de la pared. Al final se ve una mujer guapa con pantalón de licra adherido a su cuerpo. Parece conversar con su amiga. Entro, me acerco a la barra. Bebo una cerveza. Me siento en una mesa. Converso con

los paisanos. Fotografío. Y comienza a fluir el alivio de quitarme de encima el peso de un proyecto inconcluso. Me levanto. Fotografío: una mujer sentada de espaldas a la barra, mira al fotógrafo, a su lado, la acción congelada de un hombre al sentarse. En la pared del fondo, se ve un mural de un niño como salido de la serie televisiva Fliper, pesca acompañado por su perro. Parece mirar al cajero que se rasca la cabeza. Escarbo la vida en el bar. Fotografío. ¿En qué espacio se oír el estruendo de las máquinas diésel saneadas por el mecánico de Stalingrado?

Ella atiende a los clientes. Camina de mesa en mesa. Sirve cervezas. Levanta las botellas vacías. No se sienten agujeros turbios en su alma. Se le ve contenta. De

su cabello amarillento parece emanar algarabía de adolescente. La miro. Es agradable la energía que emana. Detesto el cliché que concibe a todas las prostitutas como mujeres, abandonadas por su padre, maltratadas por su madre bruja y pobrecitas, bla, bla. Pienso en un documental de Discovery Channel sobre la profesión más antigua de la humanidad para decirlo novedosamente: Una visión compleja nos adentra en este oficio, vemos desde la puta desgraciada arrojada a la calle por carencias económicas extremas, hasta una mujer en Londres que pudiera fácilmente ocupar portada de Harpers' Bazar o Vogue y seductoramente sostiene que le encanta ser prostituta. Selecciona sus clientes y tiene ingresos mayores que el alcalde de la ciudad.

Me acerco a la mujer rubia, que sirve tragos. Sin titubeos, le expreso que le haré un retrato, con la seguridad que me da el poder de la cámara fotográfica para consentir vanidades. No se niega. Me pregunta con malicia seductora:

Tú sabes cómo me llaman. Espérate un poquito.

Camina por un pasillo que va al fondo del establecimiento. Es alta y rellena, parece vestirse con la estética del cine de los cincuenta. Imaginamos a Marilyn Monroe, que nos hace un guiño malicioso. Entra a una habitación y regresa con una iguana pequeña de un verde montañas sobre sus senos redondos y firmes que parecen burlarse de las tetas de silicona salidos de un quirófano oloroso a formol:

Los amigos me llaman la iguana. Tú eres extranjero le dice a Eugenio Rivas, mi amigo, quien la mira embobado.

Preparo el escenario para la fotografía. Le sugiero sentarse lateralmente en una silla azul de mimbre, en el extremo de una mesa de fórmica blanca. Sobre ésta apoya su mano izquierda. En la otra mano a la altura de su pecho sostiene una cerveza polar. Le pido que mire a la cámara. Encuadro. Sale un pedazo de otra mesa. En la pared del fondo, se aprecia un mural de cerveza Zulia de los años sesenta: en el borde izquierdo una mujer con rasgos indígenas, pero a lo María Félix, la actriz mexicana. En la parte derecha, un paisaje tropical con palmeras y todo. Abajo en el mural un texto:

La princesa de Sinamaica. Aprieto el obturador y La Iguaña es memoria. Es un retrato de una rubia platinada que pudiera removernos la nostalgia de lo que ya no es. Y la maestra de cabello ensortijado que casi no habló aquella noche en el bar Stalingrado, seguirá repitiendo en coro con los niños del colegio su a, e, i, o, u. O mi mamá me ama. Amo a mi mamá

En los meses venideros, continuó fotografiando los ambientes nocturnos de la ciudad. Vuelvo al bar Colonial. Eugenio me acompaña. Expresa su deseo volver a encontrarse con la mesera. Esa noche no la vimos. Nadie sabe de ella. Después recorremos varios bebederos del centro de la ciudad. Llevamos la copia de su retrato para regalárselo. Cual

detectives, mostramos la fotografía y preguntamos por la Marilyn Maracucha. Fotografió. Luego indago. Como en un filme de novela negra adaptada, los interrogados niegan moviendo el rostro. Y nada, hilamos la noche. Hilamos.

Miércoles o viernes, los buhoneros de la plaza levantan sus mercaderías en cajones rodantes. Los postes ciegos del alumbrado público son como luciérnagas mecánicas sin resplandor. Sobre la plaza Baralt se adhiere el sosiego de un día ojerudo. Comienza la noche. Camino por la calle empedrada lateral a las estatuas legendarias de los atlantes. Me cruzo con la mujer de la primera fotografía del bar Colonial, que estaba el pasillo. Conversaba con su

amiga. ¿La olvidaron? Le pregunto por la muchacha alegre que atendía a los clientes:

Ella salió preñada y se retiró por un tiempo. Tiene tres hijos. Después, seguro volverá.

Mantengo silencio. Estamos frente al Stalingrado. La mujer de la fotografía del pasillo, pudiera pregun-

tarme porqué el bar lleva ese nombre. Imagino el poster rasgado con Salvador Allende, el poema inconcluso. El rostro de Neruda como riendo irónicamente al ver a tanta gente que no imagina a una prostituta embarazada.





33. Fumando mamá, fumando



34. Hola



35. Muchacha de la guerra



36. Sin título



37. Mario y Mery



38. La catira



39. Noche de suerte



40. Mirá al Aquiles



41. Sin título



42. En Las Palmas



43. Siempre la noche

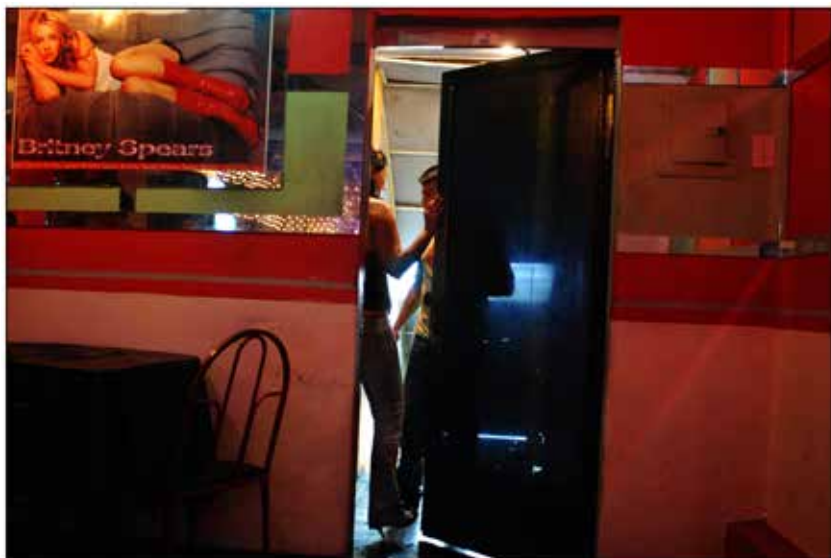


44. Sin título





46. Mónica viene del colegio



47. Transacción



48. Zúmbate





50. Pisa a la catira



51. Sin título



52. Viejo Rafa



53. Por las catiras...



54. Tienes el alma negra, no creo en tu querer



55. Sin título



56. Sin título



57. Noche negra



58. Ebriedad boreal II

Me hice fotógrafo

Habité mi niñez en Las Palmas en un caserío campesino cerca de Agua Viva en Trujillo, Venezuela. Entre trompos y piñales vi la vida desgajarse de las nubes surfeando sobre la lluvia. Después vendría el bachillerato en Caracas. Y la arboleda pluriverdosa se convirtió en casitas guindadas de peñascos y tasajeadas por escaleras que parecían apuntar al cielo. Que se liaban entre sí, para dar paso a la gente sencilla hasta sus hogares. Desde arriba, miraban en picado la ciudad plana. Los ríos y riachuelos de mi pueblo que se descolgaban de la montaña se transformaron en autopistas y calles embarazadas de coches y motocicletas ruidosas y monoxidantes. Y los gritos

de ueeei, ueeei para arriar a los animales hasta el corral en una finca sencilla, ahora quizás se oían como uuucv, uuucv. O las calles son del pueblo y no de la policía. Y el tic, tac de la vida persistente. Persistente.

Después demasiados soles alumbrando el mundo. Demasiadas lunas como ojos de pájaro nocturnal, seguramente avistando el carraspeo de las hojas de los árboles de caracolí. El tras, tras del aleteo de los grillos en los pajonales de Las Palmas. O sobre los inquilinos de este cobijo terráqueo. Bastante escudriñar para rastrear una trocha de vida.

En los años ochenta, estudiaba periodismo audiovisual en La Universidad del Zulia en Maracaibo. Ocurrió un paro larguísimo. Una muchacha de ojos cá-

lidos se hizo viajante. Ausencia. Esa tristeza rugosa y polvorienta me llevó a la Escuela de Artes plásticas Nepalí Rincón. Comencé a arañar la fotografía. Aprender el oficio.

Me hice fotógrafo porque esos días, decidí desamordazar la mirada. Cerrarle el ojo de nuestro corazón a la melancolía como diría el poeta Víctor Valera Mora. Enamorar a los amigos con nuestro quehacer. Ahora, soy fotógrafo. Intento colocarme más allá de la ráfaga de preguntas e interrogar viendo. Para navegar las veredas acuosas de la vida como lagartija pluricolor y pluricontraste. Porque mirar, pareciera ser el bostezo de la retina que anhe-la lamer el universo visual para que gotee la savia del entusiasmo.

Asumo que la fotografía es como una mujer olorosa a emociones íntimas recién amanecida, que nos diafragma el iris en contornos. Volúmenes. Claroscuros y tonalidades cromáticas. Fragmenta el corazón en sentires brumosos lejanos a lo tangible. Y para esa mujer, nos cargamos de sensualidad al acariciar su cuerpo. Le acomodamos los lentes como parte de un acto creador. La llevamos a pasear. A sentir la luz y sus contornos. A fisgonear la vida en impune confesión. O a construir universos imaginarios en el reposo reflexivo.

Llevo unos tantos años como fotógrafos. Pretendo atizar el sosiego del mundo con imágenes honestas. Comparto conocimientos con los jóvenes estudiantes de foto-

grafía de La Universidad del Zulia y de la Escuela Julio Vengoechea en Maracaibo, Venezuela, una ciudad que es un bostezo del cielo desparramado de nubes y soles ariscos. De pájaros que vuelan en picada. Que tal vez pretenden desnudar los anhelos y miedos de sus pobladores. Esta urbe, la siento como un amasijo de crónicas, vivencias y andares, un mándala que se desdobra para acanalarsé y permitir el fluir de su gente, para seducirla y posiblemente para domesticarla. Una ciudad que puede ser un rabiar por su entrajina-da geografía, sus carencias de servicios, sus espacios deshabitados en donde se desplazan papeles olvidados, posiblemente cartas no leídas. En desuso, tiro-teadas por la web. En esa ciudad existe una isla. Y

una gente que la habita.

En la isla de la ciudad aludida, resuella la casa n° 5 Casa de Lago Villa. Lamida por el salitre calenturiento y vaporoso del lago Coquivacoa. Sonsacada constantemente por el bramido de los barcos para que se transforme en nave acuática también. Y ella anclada alegre, mira ese espejo de aguas, evade la sugerencia de viaje.

En esta casa, se arremolina la pasión de sus ocupantes que han vivido centenares de amaneceres relumbrosos. Muchos ladridos de perros insomnes. Afilados Silencios de grillos. Tararear de pájaros diversos en sus ventanas. Tormentoso descolgarse de tristezas. Vuelos hedonistas de saberse vivos.

En esa casa habito como fotógrafo con Ivett, Samuel y

Vania en aposentos diversos. En solares del alma intransferibles. Vivo entre fisuras de este país deshilachado. Me reguindo a la ilusión vital de la literatura. A mi caja de encantamientos para enjaular codificaciones oraculares. Posiblemente inútiles. A la palabra suelta e intrascendente que a veces arrojo como piedras azarísticas sobre una cuartilla digital. En muchas ocasiones para susurrárselas a la gente amada. O para saber que aún existo. Como un ritual de auto enamoramiento.

Sentado sobre baúles de retratos, en nuestra casa a la orilla del Lago de Maracaibo, miro los manchones blanquinegros de garzas. Los lunares rojizos de flamencos que vuela e intuyen sus nidos terrosos a los lejos, del otro lado del lago. Vislumbro la raya

azulverdosa del horizonte como aliento escapatorio. Lo hago sin edificaciones corronchosas que me decomisen la mirada en explanada como sensación de vuelo. De brisar humedecido.

Sentado sobre baúles de retratos no imagino cuando la casa se desgaje. Cuando el soplar de las turbinas de un jet o el trajinar de un autobús quizás por carreteras polvorientas anuncie el viaje hacia otros rumbos, otros ámbitos. Nos estamos viendo.

Contenido

Cervezas en viernes	7
00. La princesa de Sinamaica	15
0. Autorretrato en Stalingrado	16
01. El fantasma	17
02. Tais maluco	18
03. Tais triste	19
04. Ella no sabe de Mondrián	20
05. ¡Que no chico!	21
06. Gorda contenta	22
07. No se aceptan pecadores	23
08. Sin título	24
09. Espectro	25
10. Ambar	26
11. Cigarrillo en solitario	27
12. Bolero	28
13. Elena	29
14. Bia	30
15. Cómo te haz dejado llevar a un callejón sin salida	31
16. Sin título	32
Transacción de medianoche	33
17. Uhu	41
18. Sin título	42
19. Encabronados	43
20. Sin título	45
	97

21. Territorio de cine	46
22. Después de todo Marx	47
25. Ja, ja, ja.	49
26. Mirando	50
27. Fino	51
28. Escaleras al cielo	52
29. El Guille	53
30. Entre pecho y espalda	54
31. Amor y piojos	55
32. Patria o muerte, beberemos	56

Me llaman la Iguana	57
----------------------------	-----------

33. Fumando mamá, fumando	65
34. Hola	66
35. Muchacha de la guerra	67
36. Sin título	68
37. Mario y Mery	69
38. La catira	70
39. Noche de suerte	71
40. Mirá al Aquiles	72
41. Sin título	73
42. En Las Palmas	74
43. Siempre la noche	75
44. Sin título	76
45. Sin título	77
46. Mónica viene del colegio	78
47. Transacción	79
48. Zúmbate	80
49. Nelson	81
50. Pisa a la catira	82
51. Sin título	83
52. Viejo Rafa	84

53. Por las catiras...	85
54. Tienes el alma negra, no creo en tu querer	86
55. Sin título	87
56. Sin título	88
57. Noche negra	89
58. Ebriedad boreal II	90
Me hice fotógrafo	91

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 6 días del mes de septiembre de 2023, en el marco de la celebración del 9no Festival de Poesía de Maracaibo.